



¿Colaboración o resistencia? Crítica de la razón informática

P.- Una mirada objetiva y académica a la cibercultura no estaría completa sin la perspectiva crítica. Crítica entendida como esa estrategia necesaria para tomar distancia, pero también como la posibilidad de reconocer alternativas más allá de los dualismos simples. Pero ¿no estamos, en últimas, enfrentando al eterno dilema de “colaboración o resistencia”?

R.- Me parece muy sugerente la idea de plantear las posiciones que se abren frente al tema de las nuevas tecnologías como una disyuntiva entre colaboración y resistencia, precisamente por el tono político que poseen los términos del dilema. He hablado en otros apartes del libro de la existencia de una “arena ideológica” y de una “batalla por el signo” alrededor del tema de la NTIC. Creo incluso que es uno de los temas a los que más se les han dado espacio, pero considero oportuno insistir un poco más. Sólo si se dilucidan las distintas posiciones podemos obtener un panorama objetivo.

Voy a detenerme aquí en las propuestas de Paul Virilio y Tomás Maldonado —quien ha acuñado un término igualmente sugerente: crítica de la razón informática— y ampliaré algunos de los planteamientos de autores como Palatella y Heiman, que ya mencioné.

Cibermundo

Si bien la revolución cibernética es considerada por muchos como una oportunidad para realizar viejos sueños, por ejemplo el de la extensión de la democra-



cia, para otros, como Paul Virilio, constituye en realidad un verdadero peligro de dimensiones globales que debe ser denunciado. En el libro *El ciber mundo, la política de lo peor* (1997), Virilio reflexiona sobre las consecuencias morales, políticas y culturales de la aceleración del tiempo mundial, el ciber mundo, y lanza una llamada a la resistencia.

Virilio es un gran crítico de la tecnología. Ya en su *Máquina de visión* (1989), alertaba sobre la expansión de una lógica de las tecnologías de la ilusión perceptual, y denunciaba su terrible potencial de manipulación como consecuencia de la destrucción de la fe perceptiva. En *El arte del motor, aceleración y realidad virtual*, amplía su estudio a lo que él mismo llama la última de las revoluciones tecnológicas: la de los “tecnotransplantes”, invasión de la microfísica que remata la de la geofísica.

Para Virilio, las llamadas nuevas tecnologías de la información son las tecnologías de la puesta en red de las relaciones y de la información que, si bien son portadoras de la perspectiva de una humanidad unida, son también las de una humanidad reducida a la uniformidad. Pero también son portadoras de un tipo de accidente global. El accidente, fenómeno inherente a toda tecnología, en el caso del Internet, que es una tecnología mundial, no puede ser otro que un accidente total, es decir, que puede afectar a todo el mundo al mismo tiempo:

Hasta ahora, toda la historia ha tenido lugar en un tiempo local (el propio de cada país)... Y las capacidades de interacción y de interactividad instantánea desembocan en la posibilidad de la puesta en práctica de un tiempo único... Es un acontecimiento sin igual. Es un acontecimiento positivo y al mismo tiempo un acontecimiento cargado de potencialidades negativas (1997: 15)



Según Virilio, la llegada de una posibilidad más real de la democracia con la extensión de la conectividad es un fantasma que debe ser denunciado. Con la puesta en práctica de la instantaneidad, la inmediatez y la ubicuidad de las tecnologías de la información, se está obteniendo una visión total y un poder total que ya no tienen nada que ver con la democracia, sino con la tiranía: la tiranía del tiempo global, incompatible con la del tiempo local. “Existe la ilusión de una velocidad salvadora; la ilusión de que el acercamiento exagerado entre poblaciones no va a atraer consigo conflictos sino amor, que hay que amar al que está lejos como a sí mismo” (1997: 22).

En *Estética de la desaparición*, Virilio demuestra cómo el proceso de desintegración de lo real ostensible, que comienza con el nacimiento de la fotografía, tiene hoy su más alta expresión con el video, los multimedia y la realidad virtual, medios en los que lo real queda reducido a la persistencia retiniana o a la virtualidad electrónica. En este momento, según Virilio, la pintura y el dibujo están a punto de desaparecer, tanto como lo escrito, detrás del multimedia.

En últimas, frente al eterno dilema de la colaboración o la resistencia, Virilio (1997: 35) propone tomar una distancia crítica frente al objeto técnico: “Hace falta una crítica de arte de las tecnociencias para hacer divergir la relación con la técnica. Sólo esta crítica puede hacer progresar la cultura técnica”.

Esta versión de la batalla por el signo resulta especialmente importante en la medida en que no se trata de una simple réplica, sino de toda una posición fundamentada y sugerente que puede ayudar a encontrar la especificidad del uso y, por lo tanto, la práctica social más conveniente de los entornos digitales, como medios expresivos y portadores de un arte nuevo.



La retórica del hipertexto

Ahora, en relación con el soporte enunciativo de la red —el hipertexto—, resulta útil reseñar lo que plantea John Palattella en su artículo “Formating patromoy. The rhetoric of hipertext”. Palattella ofrece una crítica a la llamada retórica hipertextual, desde el punto de vista tanto epistemológico como cultural. Según Palattella el aumento de la visibilidad académica del hipertexto y de la escritura electrónica ha animado las especulaciones en torno a este fenómeno y uno de los acercamientos posibles y deseables es el de los Estudios Culturales. La crítica de Palattella se centra en la deconstrucción de la propuesta de los tres principales promotores del hipertexto: Richard Lanham, Jay David Bolter y George Landow. Estos tres autores, según Palattella, asumen una suerte de determinismo tecnológico por el cual la palabra digital resulta ser la culminación de un proceso en el que la tecnología alcanza el ideal democrático de una comunicación altamente participativa. Sin embargo, ese determinismo tecnológico privilegia más bien una visión masculina y jerarquizante de la cultura.

Las teorías cognoscitivas de Landow y Bolter Lanham tienen sus orígenes en las propuestas de Ted Nelsón y Vannevar Bush, según las cuales existe una tendencia de la mente humana a pensar topográficamente, y los hipermedia serían las herramientas más adecuadas para modelar los procesos cognoscitivos presentes en la red nerviosa del cerebro. Para los tres autores igualmente la escritura electrónica supera las formas jerárquicas y lineales de expresión propias de la cultura de la imprenta, que aliena, según ellos, los poderes asociativos de la retórica oral clásica. El argumento de fondo consiste en afirmar que la tecnología digital está provista de una lógica de funcionamiento y de una epistemología que le permite a la persona expresar la lógica de su conciencia. Para Palattella,



este argumento es jerárquico, en la medida en que afirma una progresión en la conciencia humana y sus herramientas de expresión. De hecho, para ellos la palabra digital interactiva es la venganza de una élite de la tradición clásica que reintegraría así su lugar privilegiado. Para Palattella, la teoría cognoscitiva de los tres autores mencionados en su artículo está destinada a mantener el privilegio de la clase alta y también de la educación superior.

El determinismo tecnológico de estos autores se manifiesta más claramente, según Palattella, en la crítica que ellos hacen a la televisión y en la oposición que plantean entre tecnologías pasivas o analógicas y tecnologías interactivas o digitales. Si bien esta distinción intenta demostrar los beneficios de la hipermedia, en realidad desconoce los problemas sociales y culturales acerca de la televisión e ignora un análisis amplio de estos problemas, precipitando conclusiones que eluden las preguntas ideológicas propiamente dichas. La crítica a la televisión de tales autores, planteada con estos inconvenientes mencionados por Palattella, permite establecer una especie de referencia a “las edades del hombre”, según la cual, la edad de la televisión es la edad de la infancia y de la tecnología infantil, mientras la edad del hipertexto sería la edad adulta, y habría un deseable progreso desde el niño analógico hasta el hombre digital.

Bolter expresa el miedo a la televisión también como un miedo de feminización. Según Palattella, Bolter propone que el papel del televidente es un papel femenino en cuanto pasivo, con lo que se estaría prefigurando una ideología machista que está presente de diferentes maneras y en diferentes grados también en los discursos de Lahnam y Landow. Así, en este último, la hipótesis de una convergencia entre la teoría crítica y la tecnología se basa en la mención de autores masculinos, ignorando y excluyendo el trabajo de las mujeres



en la tradición vanguardista. Lo que finalmente propone Palattella es que el discurso de los tres autores está viciado por una visión de lo que él llama la fantasía masculina de la “máquina del soltero”, que asume como paradigma discursivo y cultural el dominio masculino y la autosuficiencia racional, generando faltas de equidad de género, disimuladas bajo la fachada de la objetividad tecnológica.

De otro lado, Palattella descubre también que a pesar del anuncio posmoderno de la muerte del autor, los tres autores terminan reivindicando los poderes ficticios y mitos de la paternidad literaria, precisamente por ignorar un análisis socioeconómico amplio del fenómeno hipertextual. Además, el discurso de estos autores al caracterizarse por su historicismo, culmina cumpliendo una función teleológica, según la cual se da el agotamiento inevitable de la cultura de la impresión y se anuncia la hegemonía de la palabra digital, lo cual no hace sino restaurar al aspecto más odioso del pensamiento hegeliano: el imperativo de un telos de la historia humana.

Palattella se pregunta si resulta justo maravillarse de la tecnología por el solo hecho de que existe sin cuestionar las consecuencias éticas y epistemológicas, y enfatiza la denuncia de mecanismos de exclusión y discriminación en el sustrato del discurso de los promotores del hipertexto. Tanto el determinismo tecnológico como la teoría cognoscitiva subyacente y la reivindicación del género romántico, así como la iniquidad de género, serían tres de las condiciones discursivas que constituyen lo que Palattella llama las “fantasías digitales”.

Finalmente, Palattella hace una crítica a la utopía democrática proclamada por estos autores. Para Bolter, por ejemplo, las redes hipertextuales deben conducir



a una transformación de las realidades sociales, gracias al libre flujo de información y a la dinámica amplia de comunicaciones. Pero esta imagen de Bolter corresponde en realidad a “una” imagen de la democracia: la de la América contemporánea, la cual finalmente se justifica en la medida en que promueve la competición, las estrategias de consumo y los sistemas de vigilancia; es decir, en cuanto reafirma la creencia liberal, sin considerar actores sociales y económicos más amplios. Lanham defiende la digitalización de las artes en la medida en que democratiza radicalmente la práctica artística y con esta democratización enfoca un modelo de educación superior, es decir, favorece una lógica de movilidad ascendente sin tener en cuenta las situaciones concretas de los distintos tipos de usuarios, promoviendo en el fondo estratificaciones sociales y excluyendo posibilidades de pensar alternativas al *statu quo*, lo que constituye para Palattella la defensa de un sueño conservador.

Así, al determinismo tecnológico se une un conservatismo cultural muy adecuado cuando se trata de tranquilizar al humanista de vieja guardia, que encuentra de esta forma una salida y una manera de recuperar sus privilegios y de desarrollarse eficazmente, ya no sólo en términos intelectuales, sino comerciales.

Falacias de la escritura digital

Pero quizás valga la pena ir un poco más atrás, al famoso libro *Electric Language: a Philosophical Study of Word Processing* (s.f.), de Michael Heiman. Según Heiman, el procesador de palabras promete descargar el trabajo físico que implica la escritura a mano, lo cual permitiría mayor velocidad y ventajas para el escritor. Sin embargo, Heiman, de un lado, recuerda que algunos escritores han



atribuido gran importancia a los materiales físicamente resistentes en el proceso de conciencia de escritura. Por otro lado, advierte que el almacén psíquico subyacente a la escritura con procesador de texto genera ciertas disposiciones que exigen atender de nuevo las maneras como se escribe y se piensa. Así, por ejemplo, los defensores anacrónicos de la letra advierten que el procesador de textos borra las señales subjetivas de la escritura, las cuales incluyen la resistencia física de los materiales y el respeto por ellos. Por su parte, la escritura informatizada combina la intermediación subjetiva del proceso de pensamiento privado con el público: cuando yo siento la facilidad de manejar el texto electrónico, experimento mi propio proceso, el pensamiento privado como directamente impersonal, presentable, público. Esto puede resultar incómodo para el escritor tradicional, para quien la escritura es un proceso de “escultura”, en el cual la propia naturaleza y resistencia del material —la demora, el error— garantizan una escritura libre de improvisación, de superficialidad y de inestabilidad.

Citando a Heidegger, Heiman nos recuerda que la mano contiene el ser del ser humano porque la palabra es la tierra esencial del ser humano. Heidegger ve una conexión primaria entre pensamiento y gesticulación, entre pensamiento y acto, y a partir de esta consideración, hace su crítica a la máquina de escribir. Heiman traslada estas críticas al procesador de textos, pues si bien la acción de escritura en el procesador de texto está de nuevo relacionada con gestos corporales personales, como apuntar y trasladar cosas, las acciones se hacen en un elemento ya representado.

Pero Heiman va más allá de las críticas puramente sentimentales, según las cuales el procesador de texto no satisface ni física ni estéticamente las maneras como los libros y papeles han permitido desarrollar una cultura. Más que el sentimiento de



resistencia que provoca la escritura en proceso de texto, asuntos como el cambio en la percepción del tiempo y su relación con una economía de la productividad serían temas críticos realmente esenciales. La internalización de los procedimientos y normas de trabajo en computador, genera una percepción acelerada del tiempo y un deseo de perfección, provocando lo que Heiman llama *tecnoestrés*, una enfermedad moderna de adaptación, caracterizada por la ansiedad o renuencia para aceptar la tecnología de los computadores o, por el contrario, una sobreidentificación con la tecnología. Las personas tecnocentradas, esto es, motivadas a adaptarse a la tecnología, acogen el “sistema de pensamiento” del computador: pobre acceso a los sentimientos, insistencia en la eficacia y en la celeridad, falta de empatía con otros y baja tolerancia para las ambigüedades del contacto humano y de la comunicación, llegando incluso a conductas antisociales.

Existen también dimensiones ontológicas del problema, en la medida en que el tecnoestrés no es solamente la expresión de debilidad del sujeto que debe adaptarse a una nueva tecnología —y que asume así una perspectiva algorítmica en sus funcionamientos físicos—, sino un indicador del colapso cultural del mundo contemporáneo que hace énfasis en la productividad. Una consecuencia de esta circunstancia es la creciente eliminación de pensamiento contemplativo, sustituido por el pensamiento calculativo. La escritura digital sustituye el tipo de pensamiento propio de la cultura del libro —basado en la confrontación física— por otro tipo de pensamiento: el pensamiento rápido e interactivo que da poca posibilidad al funcionamiento de la concentración contemplativa y de las sugerencias simbólicas. Las consecuencias de la aceleración del tiempo de escritura —la disminución del tiempo de formulación y el acortamiento de los períodos de gestación de ideas— son, según Heiman, elementos fundamentales del armazón psíquico de los procesadores de texto.



Un tipo de escritura digital que Heiman examina es la del correo electrónico. En el correo electrónico se hacen ostensibles las consecuencias de esa alta velocidad de formulación, esto es: improvisación, franqueza y despreocupación por la ortografía y la gramática, etcétera. Si la abundancia creativa es la virtud de la escritura digital, entonces la fragmentación en la formulación de ideas es el vicio correspondiente.

Pero aún más grave: la práctica de la escritura digital conlleva la desestabilización de la verdad. Como la calidad se percibe efímera, se mina la fiabilidad y la durabilidad de lo escrito. Se percibe la escritura como maleable, contingente, débil y temporal. Un escrito en un procesador de textos es cambiable y por lo tanto la verdad también es cambiable. La excitación mental que esto produce suplanta la calma mental propia de la escritura impresa. Se ponen en juego así dos tipos de lógica: la lógica tradicional aristotélica y la lógica “tipo araña”, que tejen relaciones de gran poder técnico y abstracción, pero que no necesariamente se conectan. La lógica de araña no exige la confirmación de la verdad sino sólo las posibles conexiones de fragmentos de verdad, y esto lleva al tercer tema de Heiman: la red de textos.

Según Heiman, la escritura digital sustituye la soledad privada propia de la lectura reflexiva por una escritura en la Red pública, de manera que allí donde existía el almacén simbólico personal, ahora existe la textualidad total de las expresiones humanas. Cualquiera puede unirse entonces a la totalidad de las expresiones simbólicas, sin necesidad del retiro o de la soledad. La escritura digital promueve una escritura cooperativa, donde la autoría se vuelve anónima, y aunque esto podría interpretarse como un retorno a la tradición oral, en realidad se está sacrificando el cuerpo creativo individual por un cuerpo auto-



matizado y homogéneo de significados simbólicos, que no pueden poseer ya la monumentalidad de la obra individual.

Desde otro punto de vista, Heiman analiza la proyección que varios autores han hecho de una escritura digital convertida en una inteligencia colectiva. Para Heiman, tal “inteligencia superior” tiene grandes peligros potenciales, especialmente en relación con el control de esa voz pública y que constituyen tema de preocupación. Si bien la atmósfera colectiva de la conexión en red facilitará la transmisión y fortalecimiento de las ideas recibidas, también puede favorecer lo que algunos llaman “un tipo especial de estupidez”. El ambiente de una comunicación general mediada por computador, quizás pueda ofrecer textos disponibles fácilmente, pero a la vez serán, probablemente, textos menos inteligentes, lo cual disminuye la probabilidad de encontrar material que valga la pena. El precio de la libertad es la responsabilidad, pero ésta sólo vendrá con un tiempo incierto de maduración de la tecnología y de su cultura inherente.

Para Heiman, la idea de una “Alejandría electrónica” debe mirarse con recelo, en la medida en que ese estado de cosas estaría desintegrando la voz centrada del pensamiento contemplativo. La posibilidad de expresión de todos para todos, si bien puede verse como una interesante alternativa de comunicación, también puede conducir a la actitud nihilista de un “todo vale”. Sin un proceso de selección adecuado, podemos quedar inmersos en la anomia de la textualidad digital que reduce el sentido de la verdad.

Una cierta cantidad de soledad es requerida por el pensamiento creativo, pero la escritura digital elimina esa posibilidad promoviendo un facilismo nada prometededor. La intimidad del pensamiento y la armazón contemplativa del lector tra-



dicional y del escritor se transforma por el nuevo elemento electrónico. El retiro de la mente es eliminado y el procesador de texto genera una superabundancia de simbolización de pensamiento que pone nuevos desafíos y condiciones a la creatividad auténtica. La conclusión de Heiman es que el pensamiento debe aprender a vivir en un nuevo ambiente que quizás sea el elemento fundamental de la comunicación del futuro, pero que implica pérdidas importantes para la especie humana.

Crítica de la razón informática

Por su parte, Tomás Maldonado intenta tomar distancia del conformismo y del triunfalismo con el que se promueven las nuevas tecnologías. Su punto de partida es el convencimiento de que las tecnologías deben permanecer siempre abiertas al debate de las ideas. Para Maldonado, se equivocan quienes ven la informática como una caja de Pandora rebotante de desgracias, pero también quienes la consideran un paraíso saturado de frutos milagrosos. A partir de una estrategia que consiste en desarrollar a profundidad el análisis de los aspectos político, tecnológico y epistemológico de la razón informática, Maldonado se esfuerza por tratar el tema desde múltiples ángulos.

Su esfuerzo más importante consiste en demostrar que la “democratización de la información” se está convirtiendo en un laberinto sin salida. En efecto, no estamos ante un paraíso informático, sino ante el fenómeno de una opulencia informativa, cuyo efecto no va a ser la tendencia a compartir o a usar libremente la información, sino a reaccionar con un creciente desinterés o con intolerancia hacia la información. El análisis que Maldonado hace de los factores que podrían mejorar las



condiciones democráticas por la contribución de las NTIC muestra la ambigüedad propia de todo uso tecnológico. Las comunidades virtuales pueden ser a su vez magníficas herramientas de construcción colectiva de conocimientos o nuevos *guetos* informáticos. La red descentralizada puede ser factor de libertad o de desorden favorable a la manipulación ideológica. La posibilidad de abrir la identidad a roles diversos puede funcionar muy bien en los juegos, pero puede ser muy peligrosa en situaciones como las que se presentan en la toma de decisiones políticas. Las nuevas gramáticas y lenguajes de la red estarían desmontando la comunidad de visiones, en lugar de promoverlas. Y así con los demás factores.

Según Maldonado, la idea de una “república electrónica” no es sino el sucedáneo de esos metarrelatos que la posmodernidad denunció como ilegítimos y definitivamente destruidos. No es entonces extraño que las grandes multinacionales de la informática inviertan en lo que Maldonado llama una “muy eficiente maquinaria de consenso político-cultural y comercial”. Hay, sin embargo, algunos sectores que se verán definitivamente favorecidos con los nuevos desarrollos tecnológicos y entre ellos, el de la información científica y didáctica, el de algunos sectores de la gestión urbana y el de las prácticas médicas.

RODRÍGUEZ J.A. (2004) Trece motivos para hablar de cibercultura. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.